

NOTA EDITORIAL

En ocasiones se asume, como con otros géneros y subgéneros, que hablar de literatura de crimen implica una serie de reglas inamovibles, de presupuestos que nos indican ciertos cambios temáticos en el género, pero que mantienen una estructura de inmediata identificación. De la novela de enigma decimonónica —con un detective ejemplar, inteligente y correcto— se pasa, en los siglos xx y xxi, a un policial negro y neopolicial latinoamericano en el que se retrata una sociedad degradada, con personajes de dudosa moral e instituciones permeadas por la corrupción. Incluso en esta cronología pareciera que tenemos un consenso que no permite dudas en estas apreciaciones: la literatura del crimen sigue un cierto esquema que propicia la denuncia de un estado de cosas, a través de una fórmula probada; esto es lo que los lectores valoran, esto es lo que la hace popular.

Los textos reunidos en “Central Poligrafías”, como si de la misma literatura del subgénero se tratara, cuestionan y desestabilizan estas seguridades. En estos artículos, los autores/as se preguntan por los cimientos teóricos del género, por las particularidades de las obras y las estrategias de los creadores. ¿Toda literatura de crimen es popular?, ¿qué entendemos por popular?, ¿ha sido el género elevado a un sitial especial en el terreno académico? Junto a estas preguntas confluye la consabida idea de la crítica y denuncia como base del subgénero, pero ¿siempre se establecen las mismas estrategias de acuerdo con un formato?, ¿el cuestionamiento social es siempre el mismo?, ¿hay cambios según continentes, países y comunidades? En el nivel temático, los autores de los artículos también se preguntan: ¿podemos hablar de una literatura esquemática si es que se abre a nuevos formatos como las series de televisión?, ¿por qué tenemos hoy modelos híbridos, mezclas con otros géneros como el fantástico, la narcoliteratura o la novela de testimonio?, ¿existe una literatura criminal pura, o sería deseable que existiera? En esta compilación rondan las interrogantes anteriores, y su presencia, tan vigorosa como la oferta de posibles respuestas, celebra la salud de un modo contemporáneo de creación. Buscamos una “verdad” que es imposible de asir, tal como ocurre con el mismo subgénero que nos convoca.

Comenzamos esta serie de artículos con la pregunta respecto a si es factible encontrar una verdad o si es válido preguntarnos por ella. El artículo de Maximiliano Jiménez, titulado “‘The journalistic licence of it all’: Crime, Fiction, and Journalism in David Peace’s *Nineteen Seventy Four*”, analiza la primera de las novelas de la saga *Red Riding Quartet*, del escritor inglés David Peace. La obra, publicada en 1999, inaugura este ciclo de novela negra que se centra en crímenes fictionales, pero con sustento en delitos reales y eventos noticiosos de la época. El detective de esta novela no es un policía ni un investigador privado sino un periodista ambicioso del condado de Yorkshire, en el contexto de 1974, y quien no tiene poder ni experiencia para resolver los enigmas e impartir justicia. Sus pesquisas tampoco sirven para construir reportajes o crónicas que otorguen a los lectores respuestas concretas; no buscan reconstruir los crímenes reales, sino que permiten mostrar el trasfondo sociopolítico del lugar y espacio en que se sitúa. Es esta confluencia entre la verdad, lo inventado y lo histórico lo que permite una denuncia respecto a la corrupción, impunidad e intereses capitalistas. Tal como indica Jiménez, la novela demuestra que la verdad es algo abstracto que puede construir quien esté a cargo de comunicarla. Si no podemos llegar a la verdad, también resulta imposible hacer justicia o restablecer un orden.

A conclusiones similares llega Regina Zavala Corona en su texto “Los espacios cerrados en *Christine Falls*, de Benjamin Black”. El autor irlandés utiliza el género negro en dicha novela como herramienta de crítica social. Por medio de la representación de espacios cerrados y de un ambiente opresivo, se denuncia la corrupción y criminalidad de la élite dublinaesa en los años cincuenta. Estos lugares claustrofóbicos funcionan como símbolo de las ideas conservadoras, de los valores morales, de los mandatos de la religión, del concepto de familia tradicional y de las alianzas que se tejen entre ellos para mantener el *statu quo*. Esto, sin embargo, también desestabiliza ese poder al cuestionar los mecanismos que utilizan las instituciones para silenciar a los grupos vulnerables. Quirke, el detective, se convierte en un agente transgresor de ese orden y, en su búsqueda, llega hasta el centro de su propia familia. Aunque finalmente es imposible conseguir justicia, producto de la degradación de las instituciones, al menos, en el camino de la verdad, la novela denuncia las inequidades que viven los más desprotegidos.

En “La polifonía en la trilogía *Zarco*, de Marta Sanz: de la celebración a la manipulación”, a cargo de Deborah Cafiero, se resalta que la polifonía es la estrategia que permite la denuncia social al revelar las relaciones entre quienes ostentan el poder económico y los marginados de la sociedad. Este modelo dialogante ofrece una visión del mundo donde la única forma de conseguir la verdad es a través de la incorporación de voces diversas. Sin embargo, al igual que los análisis anteriores, la autora llega a la conclusión de que, acorde con el subgénero negro, no hay resolución ni justicia al final de la trilogía. La violencia y el silenciamiento de las voces divergentes en la España de 2020 se ha acentuado, lo que tiene como consecuencia que también la verdad se convierta en una ilusión construida por los poderosos. Las novelas europeas analizadas en los primeros tres artículos confluyen en este punto.

“Como recreación de la violencia, ¿es popular la novela negra?”, de Rodrigo Pardo Fernández, nos ofrece un acercamiento teórico y crítico a la recepción del género, que también establece un puente entre los textos aquí agrupados. En su artículo propone que el esquema de la novela policiaca o de enigma entra en desuso cuando la sociedad misma descubre que la violencia es el centro de todo sistema. Tal como lo demuestran los artículos anteriores, el análisis de la novela criminal, desde mediados del siglo xx hasta ahora, arroja que nadie escapa a la corrupción de las instituciones. Esta interpe-lación al lector puede ser una de las claves para entender la popularidad del género. En ese sentido, el autor del artículo incorpora una pregunta fundamental en nuestro campo respecto a lo que entendemos por literatura popular. A pesar del auge tecnológico y las diversas plataformas de difusión que han propiciado la masificación de estas novelas es necesario preguntarnos por los lectores de estas narrativas. Muchas obras del género se han convertido en referencias de culto, aunque ello no implica que sean de consumo masivo. Los receptores del género, no obstante, siguen privilegiando los rasgos que los interpelan: el enigma no resuelto, la violencia y el concepto de verdad que es distinto al que construyen los medios de comunicación convencionales. Así, este tipo de narrativas se actualiza en distintos contextos sociopolíticos que la producen y popularizan.

En este orden de ideas, la novela de crimen sudamericana presenta nuevos retos, como propone Paula Libuy Pulgar en el artículo “Narcotraficantes extranjeros en dos novelas narcopoliciales sudamericanas: el caso de Geoffrey Davenport en *El enviado de Medellín* (1991) de Ignacio González Camus y de Natalio Correa en *Bioy* (2012) de Diego Trelles Paz”. El subgénero negro se abre a nuevas problemáticas y para ello establece

relaciones fructíferas con otras tradiciones narrativas. En este ensayo la autora plantea que el policial se ha ido flexibilizando y ha dejado entrar nuevas formas como la narcoliteratura, la novela histórica y la novela de testimonios, al convertirse en documentos que reflejan una época y sus avatares. Así, estas novelas, chilena y peruana, pueden ser analizadas desde la confluencia de géneros que dan cuenta de la realidad social y las preocupaciones y retos actuales. Entre ellos destaca la xenofobia —en el hecho de que ambas novelas presentan al enemigo como extranjero—, y una crítica a la corrupción que viene desde dentro de un sistema que falla y que permea a toda la población.

Estas nuevas temáticas, formas y formatos del subgénero se transfieren también a otro tipo de narrativas, aunque a veces no con el mismo resultado. Es el caso de las narcoseries, según propone John Hurtado Cadavid en el artículo “Los estereotipos en el capitalismo gore: la rentabilidad de la violencia en la serie de Netflix *Narcos* (2015)”. La crítica social se ve menguada cuando pasamos de la literatura criminal a un producto comercial como son las series de televisión, en la hipótesis de este autor. Primaría en algunas de estas producciones la rentabilidad de la violencia a través de la xenofobia en el entendido de que el narcotráfico y la corrupción se instalan en el imaginario cultural como marcas de identificación de lo colombiano y lo mexicano. El latino delincuente sería contrapuesto a los agentes estadounidenses heroicos, por ello, esta narrativa de crimen, lejos de proponer una denuncia, perpetuaría estereotipos injustos, pero convenientes para el poder.

Y así como la narrativa policial puede trasladarse a otros formatos como las series de televisión, también estamos ante un género que hoy colinda con otras tradiciones, tal como se mencionó en relación con el ensayo de Paula Libuy. El artículo “Cometierra: Una heroína al encuentro de murmullos en la guerra contra las mujeres” de María Laura Ventura Páez nos sitúa en la Argentina contemporánea para el análisis de la obra de Dolores Reyes. En ella, la novela de crimen confluye con la literatura fantástica y sus vertientes de neofantástico y real maravilloso; se entrecruza con el *Bildungsroman* y tributa, asimismo, de estilos como el de Juan Rulfo en *Pedro Páramo*. La amalgama de géneros se constituye en una estrategia literaria para denunciar la violencia de género y criticar las leyes y a las autoridades inoperantes ante la necesidad de proteger a las víctimas.

Los siete artículos que integran “Central Poligrafías” se comunican entre ellos en la búsqueda que caracteriza al subgénero: la exploración de una noción de verdad como un concepto abstracto que no conduce necesariamente a la justicia. Los textos estudian maneras novedosas de exhibir las zonas marginales, los traumas, las inequidades y el abuso de los poderosos. Atestiguamos una experimentación con formatos variados que ha permitido la vigencia y actualización constante de lo asumido como “modelo”. Los ejemplos estudiados hablan de hibridación con otros géneros, tradicionales y contemporáneos, para mostrar las distintas aristas del enigma y el crimen. La verdad de los estudios críticos aquí reunidos es que no existe una verdad. Cada narrador articula un planteamiento original que conforma el mosaico de un subgénero que se renueva en cada obra, como lo exponen los autores en sus artículos.

Al entrar en la sección “Otras Poligrafías” nos encontramos con un primer artículo que también está relacionado con la representación de una muerte violenta, aunque aquí se trate de otra clave de escritura: la de la novela histórica contemporánea. En “El crimen de Emiliano Zapata: las relaciones entre literatura e historia y la resurrección del mito en la novela de Pedro Ángel Palou”, Ramón Gerónimo Olvera realiza un análisis cuidadoso, desde la óptica de la metahistoria, de la articulación de la figura de Zapata que lleva a cabo Palou, así como lo interseccional en una prosa donde cohabitan el discurso historiográfico, el metahistoriográfico, el mítico, el homenaje y la manipulación estética del corrido mexicano para hacer del protagonista un personaje caleidoscópico, a la vez polémico y conmovedor.

Con los siguientes dos artículos entramos, de lleno, en territorio teórico y de relaciones comparadas. En el primer caso, “El carácter ontológico del relato de ficción: una aproximación desde Martin Heidegger y Paul Ricoeur”, Elvia Joana Jacob Buenaventura acude a lo que considera un anclaje ontológico del relato en las reflexiones que Martin Heidegger hace sobre el lenguaje, el arte y la poesía, para después analizar el modelo de “la triple mimesis” desarrollado por Paul Ricoeur, en *Tiempo y narración*. Para la autora, este modelo constituye el eje sobre el cual se fundamenta el carácter conceptual del relato, debido a que son los actos de prefigurar, configurar y refigurar los que anclan al relato de ficción al mundo fáctico. Desde este diálogo entre literatura y filosofía, Jacob Buenaventura afirma que el

relato de ficción posee un estatuto ontológico y que puede constituir un modelo de racionalidad para enfrentar algunas de las problemáticas filosóficas más importantes dentro del pensamiento de Occidente.

En el último artículo de esta sección, con el título “Encarnar la crisis: cuerpos, *corpus* y literatura comparada”, Merri Torras estudia la trayectoria de la literatura comparada y propone una genealogía de la disciplina como un campo que siempre ha estado en crisis y donde, precisamente, dicha condición de crisis ha generado desacuerdos saludables y fructíferos. Aunque en este recorrido la autora señala momentos en los que el cuerpo se asoma al debate, es en la segunda parte del análisis donde aborda con detalle los desafíos y las articulaciones discursivas que han surgido en torno a lo que la investigadora designa como la “crisis encarnada”. Incluyendo lo pluri y transmedial, el texto cierra la selección de artículos reunidos en el número 9 de *Nuevas Poligrafías*, pero abre el horizonte teórico de los estudios comparatistas en la escena contemporánea.

En la tercera sección de este número, los reseñistas brindan la oportunidad de que los lectores se familiaricen con obras de crítica y teoría literarias publicadas en el año 2022, y que abarcan ámbitos diversos del circuito de la comunicación literaria. En primer lugar, Alejandro de las Fuentes se hizo cargo de reseñar el libro *E.T.A. Hoffmann en México (1840-1922)*, de Sergio Hernández Roura. En este volumen, el autor lleva a cabo una investigación sobre el impacto de las obras del escritor alemán en la cultura y el ámbito literario mexicanos, durante el siglo XIX y las primeras décadas del XX. La obra de Hernández Roura hace un acertado énfasis en lo intermedial y la teoría de la recepción como puntos de partida para la disertación y de las Fuentes analiza varias de las fortalezas del estudio en cuestión. En segundo lugar, Ariadna Molinari Tato revisó *Narratives of Mistranslation: Fictional Translators in Latin American Literature*, y en su reseña señala los aciertos de este volumen, entre los que se encuentra el hecho de que brinda un panorama politizado de la traducción en Latinoamérica, así como una problematización de nociones tradicionales —entre las que menciona los conceptos de “fidelidad” o “invisibilidad”—, además de diversas estrategias y aristas de las prácticas traductológicas contemporáneas. En tercer lugar, Naimed González Calvo da cuenta del libro *La representación del cuerpo y de las emociones en el discurso literario en francés*, coordinado por Claudia Ruíz y Rosalba Lendo. El volumen, caracterizado por una pluralidad de autores (cuerpos y voces), reúne doce artículos que nos invitan a repensar la escritura a través de los sentidos, el deseo y la imaginación, y no sólo a partir de lo intelectual, en un modo

tradicional. Naimed González enfatiza la capacidad de la obra para cuestionar desde qué prácticas discursivas estamos nombrando a los cuerpos, y los afectos que se movilizan —y acuerpan— en el circuito comunicativo.

El Comité Editorial de la revista agradece las contribuciones y la riqueza de miradas de los autores que participaron en este número. De igual manera, agradecemos el trabajo de edición realizado por la Mtra. Isabel del Toro y el Mtro. Maximiliano Jiménez quienes, junto con el equipo de estudiantes de servicio social, hacen posible la publicación de *Nuevas Poligrafías*.

Ainhoa Vásquez Mejías
Aurora Piñeiro Carballada